

# Variaciones de Miami

Wilfredo Cancio Isla

SE HACE CADA VEZ MÁS NECESARIO PENSAR EN MIAMI PRESCINDIENDO DE LAS etiquetas fáciles y los estereotipos acumulados desde la propia fundación de la ciudad, hace ciento ocho años. Las imágenes paradisiacas, la luz permanente del trópico y otras seducciones que imantan por igual a turistas, fotógrafos, modelos y hombres de negocios, así como las franjas perversas de corrupción y violencia que mitificaron Brian De Palma en *Scarface* y la serie televisiva *Miami Vice*, van resultando insuficientes para explicar la vertiginosa transformación experimentada en las dinámicas políticas, las proyecciones empresariales y urbanísticas y las expectativas culturales de una metrópoli que es hoy considerada laboratorio por excelencia de la sociedad norteamericana del futuro.

«La he visto crecer y mejorar hasta convertirse en lo que es hoy: probablemente la ciudad con más futuro de América, la capital real, por no oficial, de la comunidad de habla hispana, el lugar donde se cruzan España y América, las dos Américas entre sí», escribió el cineasta español Fernando Trueba, un fiel amante de Miami desde su primera visita a la ciudad en 1981.

Ese Miami moderno y cosmopolita, con un amplio perfil multicultural, diversidad étnica y protagonismo creciente del idioma español y la comunidad latina, es resultado de las migraciones continuas de las últimas seis décadas. Las estadísticas del Censo 2000 confirman el crisol de nacionalidades que identifica al Gran Miami —Miami-Dade— y comienza ya a arraigarse en el vecino condado de Broward<sup>1</sup>. Aunque los números han variado drásticamente para varios grupos nacionales, como colombianos, venezolanos y mexicanos, los cubanos siguen siendo mayoría (más de 650.000) entre los 2,3 millones de residentes de Miami-Dade. Tras la imparable migración ilegal desde la Isla en el último trienio, por vía marítima o a través de la frontera mexicana, los estimados más realistas sitúan en un millón la cifra de cubanos radicados en el sur de la Florida.

Por tanto, esa porción geográfica y cultural que es el Miami cubano constituye una orilla imprescindible de lo que Gastón Baquero llamaba «la múltiple

---

<sup>1</sup> Los condados de Miami-Dade y Broward, junto a la zona de los Cayos (condado de Monroe) son comúnmente mencionados bajo la denominación sur de la Florida. Todos los datos estadísticos sobre población han sido tomados del Censo de Estados Unidos, que se realiza cada diez años.

geografía insular», inevitablemente ligada a nuestros destinos nacionales: la ciudad con más cubanos después de La Habana, y un espacio donde confluyen e interactúan el pasado de una ejecutoria democrática —accidentada pero efectiva— y el lacerante legado de una filiación autoritaria, mientras se prefigura el futuro de una Cuba soñada. A la espera de esa hora de transformaciones y reconciliación nacional, la geografía miamense emerge como muestrario de lo que podemos hacer (y deshacer) los cubanos bajo estructuras y leyes que favorecen la libre circulación mercantil y la inventiva empresarial, y permiten la convivencia democrática de ciudadanos con distintos credos, posturas y (valga la palabra) militancias.

A diferencia del *dossier* «Literatura Cubana en Miami» (*Encuentro* n° 18, otoño de 2000), éste pretende acercarse a la realidad miamense abordando su entorno sociocultural y el estado actual de expresiones artísticas en las que los creadores cubanos han dejado una huella indiscutible. Se trata de ocho miradas personalísimas sobre presencias y acontecimientos cubanos que han marcado significativamente el semblante de la ciudad en la última década.

Problematizar a Miami deviene, en última instancia, un acto de vindicación. Mirarla con un sentido crítico de pertenencia o simplemente explicarla a partir de sus contradicciones y desafíos contemporáneos, pudiera parecer un empeño a contracorriente, sobre todo por la «mala fama» que gravita sobre la ciudad. Justamente en los 90, cuando la avalancha de remesas, llamadas y viajes familiares la convirtieron en referencia obligada, en una suerte de vicio para los compatriotas de la Isla, se redoblaron las diatribas de la propaganda gubernamental cubana contra «la mafia terrorista de Miami», nutridas por una vieja cruzada de descrédito y simplificación que desde 1959 han esgrimido académicos, periodistas, viajeros y líderes de la «izquierda festiva», ingenua o gozosamente, contra los exiliados. Un empeño denigrativo que comporta una singular paradoja, pues las descalificaciones engloban a una comunidad capaz de aportar anualmente el grueso de los más de 800 millones de dólares que apuntalan la sobrevida en la Isla.

Si se hiciera un recuento desprejuiciado de los furores políticos, violencia e intolerancia que indiscutiblemente han señalado a ciertos sectores protagónicos del exilio, habría que observar también el comportamiento simétrico que emana desde la otra orilla. Los dardos que provienen desde Cuba son explicables. Es aquí donde la historia no oficial se ha afianzado definitivamente, donde puede hallarse la memoria viva de nuestro descalabro contemporáneo. Y también porque esta es la ciudad que, a pesar de los pesares, figura como fascinación y meta, referente de productividad y riqueza para la economía insular, espina dolorosa que el discurso oficialista quisiera extirpar del imaginario nacional.

Hoy, cuando la mayoría de la población cubana de Miami pertenece a oleadas migratorias posteriores a 1990, con referencias y reclamos culturales que diversifican el espectro tradicional, sería una grosera simplificación seguir azuzando el fantasma de la intolerancia en una ciudad donde se

lanza, casi al unísono con La Habana, *Cita con ángeles*, el último (y prescindible) disco de Silvio Rodríguez, los pabellones de la feria del libro exhiben por igual títulos de disidentes y generales de las FAR, y junto a la radio rabiosamente anticastrista puede sintonizarse a diario un noticiero elaborado por Prensa Latina.

No son pocos los retos que enfrenta Miami como ciudad multicultural y enclave de la comunidad exiliada. Problemas institucionales y políticos, zafarranchos de corrupción y desfalcos financieros, sumados a una posición geográfica que la convierte en puerta vulnerable al narcotráfico, el contrabando humano y la inmigración ilegal. El crecimiento urbanístico y demográfico multiplica el efecto nocivo de un ineficaz sistema de transporte público, que condiciona la dependencia del automóvil, los atascamientos viales e impide una comunicación real entre sus áreas habitables. La situación alarma, porque en Miami-Dade se asientan diariamente 167 inmigrantes procedentes de otras ciudades estadounidenses o países vecinos: el más alto índice entre las áreas urbanas de la nación.

De ese Miami posible, desprovisto de visiones cómodas, complejo y hasta desgarrador pero vibrante, decidimos hablar aquí. De un Miami posible para los cubanos y la cubanidad.